

Preguntas para el cronista de los años ochenta

Andrés Lajous

Llegué a José Joaquín Blanco por una ruta curiosa. Lo cuál sólo cuento, porque revela el tipo de paradojas que después encontraría en muchos de sus textos. No fue a través de Nexos, no fue a través de La Jornada o La Crónica, no fue a través de sus libros, es más no fue en español cómo llegué a él. En un texto de Ruben Gallo, escrito en inglés, sobre los grupos artísticos de los años setenta, tras explicar un performance del grupo Proceso Pentágono, “El hombre atropellado”, gracias a mi novia di con la siguiente cita:

Desde hace años se han venido imponiendo en la ciudad espectaculares medias viales que privilegian el transporte individual de los automovilistas; este hecho, de suyo grave, se ve enfatizado por aspectos más alarmantes: las construcciones para el transporte individual de los privilegiados no sólo posponen y soslayan el transporte colectivo de las masas, sino que lo dificultan, lo vuelven más moroso y molesto; destruyen el modo de vida de los lugares por donde cruzan y además, tienden a demarcar tajantemente, a manera de ghettos, las poblaciones pobres (algunas de las cuales disfrutaban de cierto desahogo por una revolutra social que les atraía mayores servicios) que así se transforma en una casi subterránea ciudad de la miseria, sobre la cual se levantan rápidos, eficientes puentes, que permiten a los privilegiados cruzarla sin tocarla, incluso sin mirarla, transportándose por ellos en cosa de minutos de zonas residenciales a zonas residenciales. La función de los circuitos, periféricos, ejes viales, viaductos, vías rápidas, etcétera, resulta pues, doble: comunicar entre sí a la ciudad del privilegio, y aislarla de la ciudad de la miseria, gracias a esas verdaderas murallas urbanísticas de las construcciones viales.

Este párrafo me llamó la atención porque en el último año no he dejado de pensar en la construcción de vías rápidas y segundos pisos en toda la zona metropolitana. La descripción de los efectos de las obras viales en la vida de las personas, me pareció resumir de manera precisa y elocuente las preocupaciones y predicciones de casi cualquier urbanista que haya reflexionado un poco sobre el tema. En particular me pregunté ¿cómo le hizo Blanco para tener esas intuiciones que hasta la fecha encuentran poco eco en la discusión pública en México? ¿Cómo la oposición a las grandes obras viales puede aún ser tan pequeña si desde finales de los setenta se sabe el daño que hacen a la convivencia en la ciudad y al transporte público?

Intentando contestar esas preguntas me puse a leer la crónica urbana de Blanco. Leí sus textos buscando esas intuiciones de un urbanista formado en el sentido común de quien vive, se preocupa, y escribe de la vida urbana. A partir de ahí quería centrarme en sus referencias y descripciones de la forma urbana de la ciudad de México. Del crecimiento horizontal, del abandono del centro histórico, de la construcción de los suburbios y después de los guetos de ricos. Quería sacar de estas crónicas las observaciones, las predicciones, los consejos que permitieran definir y dibujar la ciudad pensando que podría haber sido otra. Quería usar una mirada del pasado para criticar las formas urbanas más estúpidas que las decisiones de quienes tienen poder nos han llevado a construir. Pero una vez que me adentré en sus textos, desde “Función de Medianoche” hasta “Álbum de pesadillas mexicanas,” pasando por “Cuando todas las chamacas se pusieron medias de nylon” y “Un chavo bien helado”, me di cuenta que estaba cometiendo un error. Trataba de hacer de la ciudad un objeto unificado, y no, en la forma en que sus habitantes viven la ciudad, y son

vividos por ella. Olvidaba que las personas urbanas son creadas por la ciudad misma, por los estímulos que reciben, por su reacción y codificación de ellos. Olvidaba pues la “Ciudad Enemiga” del mismo Blanco, que suena a Georg Simmel descifrando los efectos de las metrópolis en la vida mental de sus habitantes tras las grandes migraciones del campo a la ciudad.

Después de ese primer intento fallido, pensé en una segunda aproximación: en el uso de la perspectiva de clase como instrumento de crítica social. El tono en el que están escritas las crónicas más ácidas y punzantes sólo pudieron salir de un autor bañado en el lenguaje de la izquierda de la época, que imagino (o fantaseo) era el lenguaje de buena parte de las personas con estudios universitarios. Sin embargo, y esto todavía no me lo explico, pese a emitir duros juicios, no sólo contra la ciudad, sino contra las distintas representaciones de sus habitantes, no se lee ni la pedantería del académico que avanza sus ilusiones, su programa, y su autoridad al analizar lo que observa; ni la arrogancia del activista político que predice la revolución, esperando que esa predicción lo legitime como su guía y líder natural. Hasta el momento, encuentro un misterio en la voz del Blanco cronista. No sé quién es el que después de reunirse con Carlos Hank González se pregunta en silencio: “¿...cómo plantear el problema de los ejes viales, por ejemplo sin tomar en cuenta problemas de clases sociales, de capital, de opresión, de desempleo, de consumo, de transnacionales, etcétera?”

No sé desde dónde sale la voz del autor, no logro identificar la naturalidad y frescura con la que juzga y critica sin que se le pueda percibir parado en un banquito de autoridad. De la

que sea. Me pregunto, si esa voz que critica a la sociedad urbana al describirla confirma la universalidad o al menos la utilidad de la anteojera marxista, de la perspectiva de clase, y la preocupación por las condiciones materiales. O tal vez sólo es la voz de quien al mismo tiempo se siente parte de la sociedad y al margen de ella. O tal vez algo más sencillo, la voz de alguien que escribe tan bien, que los juicios no necesitan ser muy explícitos para ser evocados por la mente del lector. Ahí frené. Leo las crónicas de Blanco, de finales de los años setenta y de la década de los ochenta y las siento tan cercanas, tan plausibles, tan parecidas a lo que me gustaría leer descrito hoy (y que por cierto en ningún lugar encuentro), que me dan ganas de hacer preguntas que imagino para cualquier autor son difíciles: ¿que pensaría el José Joaquín Blanco de 1978, 1981, 1986, 1988, de la ciudad de México que hoy vivimos y nos vive?

Pensando en la mirada del autor pensé en la tercera aproximación. En la que realmente nos convoca hoy: la obra revisitada de Blanco, lo que se puede entender como, la recreación de la perspectiva del autor. Pero como no tengo la capacidad de recrear esa perspectiva, intentaré plantear algunas preguntas (muchas que él mismo planteo) -que fantaseo- pueden ser contestadas por ese autor que aunque aquí está, tal vez ya no existe.

¿Que piensa el José Joaquín Blanco de hace treinta años de la arquitectura que ahora presumen nuestras instituciones democráticas? ¿Qué piensa del edificio que el Senado se construyó el año pasado sobre Reforma que parece un pequeño misil envuelto por dos grandes murallas que la hacen de oficinas, y rodeado de una barda de acero negra? ¿Qué opina de la remodelación de plazuela Luis Pasteur para convertirla en un espacio que puede

albergar durante meses al tipo de manifestante que ahí duerme pero que nunca entra al Senado? ¿Qué tan fuerte es nuestro poder legislativo frente al poder presidencial que antes buscaba recovecos en dónde arrumbar a los legisladores?

¿Qué piensa ese mismo autor, el de aquellos años, del exitoso avance de las buenas causas clasemedieras? De esas causas que aunque surgieron de los oprimidos pasaron a manos de los opresores para curar sus conciencias, y ahora se presentan como las victorias progres de la democracia. ¿Qué piensa del feminismo en el divorcio exprés y la despenalización del aborto; del ambientalismo en todo lo que se llama verde y en las cada vez más bicicletas que circulan por la ciudad; de la tolerancia a la homosexualidad que terminó por normalizar las relaciones entre personas del mismo sexo al grado de darnos el derecho (u obligación) a un marido o una esposa a todos?

¿Qué habitantes vería en el mercado de Pachuca a unas cuadras del metro Chapultepec que todavía se pone todos los martes? ¿Que nos diría de cómo amanece hoy la ciudad en las afueras de Pantitlán y de El Rosario, o del recién construido CETRAM, o más bien centro comercial en Ciudad Azteca en el que se envía al pasajero de autobús a la vida subterránea con tal de que recorra los aparadores de las tiendas?

¿A quiénes vería en el metro insurgentes? ¿a los punketos convertirse en minoría, y a los Emos mamasear? ¿Vería a un gobierno “democrático y de izquierda” prolongar el abandono de esa plaza porque al fin y al cabo es una plaza que trae a los nacos desde los extremos de la ciudad y los deposita a unas cuadras de la bolsa de valores? ¿Vería el

contubernio entre el poder y el dinero avanzar con la entrega que ese gobierno “democrático y de izquierda” hace de ese espacio público al otorgarlo en concesión a las compañías de espectaculares, los espectaculareros? ¿vería a la naquiza, convertida en un consumidor más, al que sólo se le toma en cuenta si tiene una billetera a la mano que lo hace gastar como clasemediero pese a ganar como proletario?

¿Podría pensar en peor burla al hambre que la estetización de los cuerpos con hambre en las revistas de moda? ¿de la brutalidad de la violencia en contra de las mujeres en una sociedad que no conforme con dominarlas vía el hogar y el trabajo, las empuja al horror de una anorexia que les jode el cuerpo y les promete ser deseables y deseables?

¿Qué diría de los locutores de radio que todas las mañanas con gritos de indignación moralina crean la conciencia crítica de los automovilistas? ¿Qué diría de esos automovilistas, que pese a ser una minoría, ha dando un golpe de estado a la Secretaría de Obras y Servicios? ¿Esos que se niegan a pagar impuestos sobre sus pequeños castillos con ruedas para garantizar sus reinados?

¿Cómo explicaría el éxito continuo de la Dianética en manos de actores de Hollywood; su creciente influencia y sus cada vez más grandes edificios, como el de la Alameda?

¿Cómo juzgaría la reinención de los triunfadores a través de los cursos de autosuperación, del pentacostalismo tropicalizado por “Pare de sufrir”, de los libros de “El Secreto”, la combinación de egoísmo radical con cursilería pacifista del “Executive Success Program”, y la alquimia medieval de la pulseras con un holograma que transmite buena vibra?

¿Cómo pasaría por un Satélite en donde los habitantes de Satélite sólo sueñan con ser de Polanco para no tener que ser como los de Cuautitlán que quieren ser de Satélite? ¿Qué promesas hace Polanco que no cumple Satélite? ¿Qué promesas hace Satélite que no cumple Cuautitlán? ¿Y a quiénes les prometen Cuautitlán, a los de Tecámac?

¿Disfrutaría del nuevo aburguesamiento de Avenida Alvaro Obregón y la colonia Roma? ¿o vería con sospecha su escalamiento urbano en manos de los restaurantes de moda, de los hipsters, y la especulación inmobiliaria? ¿Vería con nostalgia la desaparición de viejos comederos, y taquerías, la nueva ocupación de edificios que estaban en manos de la Asamblea de Barrios? ¿Qué pensaría del desplazamiento de la chusma en la Plaza Río de Janeiro y de la barrera de tolerancia con la Doctores que representa Av. Cuauhtémoc?

Le quiero preguntar a ese José Joaquín Blanco de 1981, en sus términos, en su lenguaje, en sus palabras pasadas por el tiempo, si somos botellas desechadas de agua Ciel purificada industrialmente y Be-light sin azúcar, si somos pizzas, hamburguesas, tacos al pastor y Bisquets de Obregón, si somos Avenida Insurgentes o el Periférico en un embotellamiento abajo de la lluvia a las 7 de la noche. Si somos los grandes proyectos inmobiliarios de Biométrópolis, Viveros y el Corredor Reforma. Si somos las pequeñas misceláneas y ultramarinos que desaparecen a manos de Wal-Mart pese a la mejor resistencia de la Norma 29 o si ya somos los empleados y gerentes de Wal-Mart, Soriana, y Office Depot. Si somos los que se quedan sin imaginación al depositar su bienestar económico en la providencia mientras seguimos sufriendo la pesadilla de hacer los trámites para pagar impuestos, sin

derechos laborales, que se gastarán en el beneficio del 20% de la población que anda en automóvil con sus supervías, autopistas urbanas y segundos pisos y con la arrogancia de haber abolido la tenencia. Si somos los que saben que la providencia decide si a uno le toca vivir en una Reforma remodelada en las colonias Juárez y Cuauhtémoc o una Reforma abandonada en la Guerrero y la Morelos. Si somos esos niños obesos prediabéticos en manos de Marinela, Sabritas, y Pepsi y Jumex. Si somos los grupos de cabildeo que defienden a la comida chatarra pese a matar a la población. Si somos también los que tienen el privilegio de no comer la comida de las masas sino fantasear con la utopía rural de la comida orgánica neoyorkina. Los de los guetos de ricos en Santa Fe, Interlomas, Lerma, el Pedregal y Las Lomas. Los que van a Coyoacán, ya no a sentirse heraldos coloniales, sino humildes bebedores que nos mexicanizamos con un pulque y mezcal con sellos de exportación. Los que se burlan de las playas artificiales que ayudan a las masas a escaparse de la chiclosa primavera de la cual esta ciudad nunca escapa. Si somos esos nuevos supersticiosos que buscan una Dianética aún más exclusiva, más egoísta y más voluntariosa. Los nuevos supersticiosos que depositaron alguna esperanza en una democracia industrial, que llegó a penas democracia pero sobre todo sin industria. Esos que al nacer en los ochentas sólo vemos el túnel-del-túnel-del-túnel-del-túnel, y ya ni siquiera pensamos que es un túnel, sino que el muro de contención de lo que se puede poner peor, es la luz misma.

Leo hoy las crónicas de Blanco y por fin entiendo el cisma que representó la crisis de 1982, y cómo todavía vivimos sus consecuencias en una forma de “consolidación e institucionalización de esas ruinas”, ahora entiendo al partido del orden como el partido de

la crisis institucionalizada. Veo que nunca entendí esa crisis al contestar en los exámenes de economía con mis lecciones de economía, veo que para comprenderla había que contestar los exámenes de física con las lecciones de historia mundial. Había que extender el lenguaje en vez de reducirlo y especializarlo. Y por ello veo que si hasta ahora no necesitamos hacer la estatuilla del Chavo bien helado, fue porque no necesitábamos recordarlo, si lo veíamos todos los días paseando por la ciudad arrastrando lo que fueron alguna vez sus expectativas. Pero digo que hasta ahora, porque ese chavo ya no está bien helado, el chavo que veo produce la cultura urbana en la ciudad de México pero sobre todo en el resto de las grandes ciudades del país, ya no arrastra sus expectativas de manera impasible. Ese chavo ya convirtió el túnel en una forma de vida con expectativas propias, con pantallas planas, y aretes dorados con el logo de Adidas, con tenis Rebook, y camisas de seda, con corridos y rapeos, con pistolas y descabezados, con cortes de pelo a rape, y la masculinidad renovada en la intemperie estatal. Ese chavo, sospecho, nos hace ver la estatuilla del chavo bien helado, con la misma nostalgia de quienes veían la estatuilla del campesino dormido bajo su sombrero recargado en un nopal.